

DOCUMENTO

El cerebro del paciente, y el del cuidador

Kiper explica cómo a quien cuida del enfermo de alzheimer le cuesta deslindar a la persona que conoce de la aquejada

MEY ZAMORA

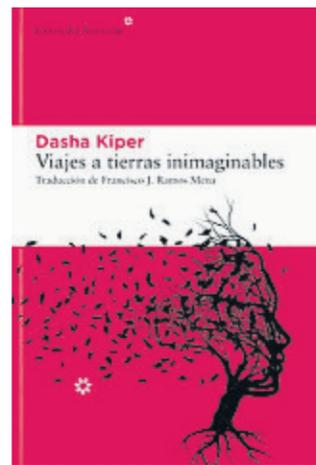
En la actualidad hay más de 55 millones de personas en el mundo que padecen demencia. Cada una de ellas requiere cuidados y atenciones constantes, que en muchos casos les brindan sus seres más cercanos, como hijos o cónyuges. Dasha Kiper, de origen ruso pero afincada en Estados Unidos, se dedica a dar apoyo a cuidadores de personas con alzheimer a través de la organización neoyorquina CaringKind. Ella misma en su juventud trabajó con un anciano superviviente del Holocausto aquejado de la enfermedad del olvido. De su experiencia tratando a personas que atienden a enfermos de alzheimer nace *Viajes a tierras inimaginables*.

La autora, que se declara en la estela de Oliver Sacks, se acerca empáticamente a estas personas y desgana los mecanismos neurológicos y las diferentes reacciones que conlleva su actividad. Lo hace desde la comprensión, desde la cercanía –cada capítulo expone un caso– pero también desde el conocimiento –son muchas las referencias a estudios de neurociencia, psicología, filosofía o literatura–. Resulta atractivo que ponga el foco en el cuidador

(“depositario de obsesiones ajenas”) y en las dinámicas que se generan con el paciente. Estas páginas destilan lo vivido/sufrido en tantos hogares y nos acercan al “baile” de nuestros cerebros –el sano y el deteriorado–.

Explica Kiper que el cuidador se enfrenta, como en una ilusión óptica, al dilema que le plantea la tensión entre lo que sabe conceptualmente –el ser querido padece una demencia– y la percepción instintiva –se enfada o rebate al enfermo–.

Elizabeth y su marido Mitch llevan casados quince años y son asiduos a un restaurante italiano del Greenwich Village. Al acabar la cena, se van por separado. Cuando él llega a casa ya ha olvidado la velada y la acusa de ser una intrusa, incluso la expulsa del hogar. Hay en el libro diversos ejemplos como este con protagonistas de procedencia, edades y trayectorias diferentes, pero en todos los cuidadores acaban desarrollando una especie de “ceguera ante la demencia”, que –según señala la autora– tiene un componente neurológico. El cerebro per-



Dasha Kiper
Viajes a tierras inimaginables
Traducción de Francisco J. Ramos Mena
Libros del Asteroide
312 páginas
21,55 euros

cibe algunas situaciones como normales porque forman parte del pasado común de su relación con el paciente y tienden a aferrarse a ellas. Lo que les lleva a actuar como si el enfermo tuviera el control.

Solo cuando la enfermedad avanza se hace evidente que el paciente no maneja su demencia. El cuidador se siente abrumado solo y piensa que podía haber gestionado mejor algunos enfrentamientos en determinados momentos –en torno al aseo, la comida o la seguridad en el hogar– y le pesa la culpa.

Este libro explica cómo el enfermo de alzheimer fragmenta su yo, cómo al cuidador le cuesta deslindar a la persona que conoce de la persona aquejada de demencia y cómo eso es intrínsecamente humano. Sabemos que echamos mano de la intuición y que eso hace también que nos sintamos moralmente responsables de las personas enfermas.

Conocer y compartir todos estos aspectos no cambia la realidad pero actúa como un bálsamo. /

DOCUMENTO

Los héroes también pierden

Felipe Luis Manero se acerca a la figura del boxeador Urtain, un juguete roto de la fase final del franquismo

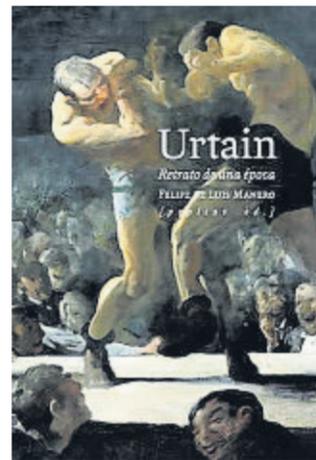
ÁLVARO COLOMER

El 3 de abril de 1970, España se paralizó. Un boxeador salido de un caserío vasco apenas dos años antes, José Manuel Urtain, más conocido como “El tigre de Cestona” o “el Morrosko”, pisaba el cuadrilátero para disputar el título europeo de peso pesado al alemán Peter Weiland. Todavía no era campeón de España y ya estaba peleando por el cinturón europeo; la suya había sido una de las carreras más meteóricas de la historia del que, por aquel entonces y con permiso del fútbol, era el deporte nacional. Tan meteórica en su ascenso como, por supuesto, habría de serlo en su descenso.

Urtain ya se había hecho un nombre en la práctica de los deportes rurales, en especial en el levantamiento de piedras, cuando fue captado por unos empresarios que se habían enterado de que Franco andaba buscando un héroe del pueblo que representara la españolidad. Eligieron al Morrosko porque era joven, porque era maleable y, jugada política mediante, porque era vasco, y lo convirtieron en un boxeador que, aun no dominando la técnica, dejaba KO a sus rivales en menos de un minuto. Evidente-

mente, la sospecha de tongo estaba en el ambiente y algunos periodistas, entre ellos José María García, arrugaron la nariz desde un principio. Por suerte, Urtain tenía carisma, mucho carisma, y el público le adoraba. Tal vez no dominaba la disciplina como Legrá, ni como Carrasco, ni como Hernández, pero, ¡caray!, qué bien quedaba en pantalla cuando anunciaba brandy Soberano.

El escritor y boxeador aficionado George Garrett dijo en cierta ocasión que todos los púgiles tienen una cosa en común: son personas heridas que sienten la urgencia de herir a otros a riesgo de herirse de nuevo ellos mismos. Nunca unas palabras encajaron mejor en una biografía. Porque Urtain se lastimó a sí mismo en innumerables ocasiones. Primero, con los vicios: tabaco, alcohol, mujeres... Segundo, con los intentos de buscarse la vida cuando la edad le hizo abandonar el cuadrilátero: *pressing catch*, seguridad en discotecas, negocios de restauración... Y tercero, con el suicidio. De hecho, cuando



Felipe Luis Manero
Urtain. Retrato de una época
Pepitas
232 páginas
21,50 euros

Urtain saltó por la ventana, el boxeo ya había caído en desgracia. El periódico *El País* había incluido en su *Libro de Estilo* la recomendación de no cubrir noticias vinculadas con un deporte que apostaba a franquismo, y las nuevas generaciones de españoles pensaban que sus padres deliberaban cuando estos les contaban que hubo un tiempo en que el boxeo tenía más seguidores que el mismísimo fútbol.

La figura de Urtain ya mereció un documental por parte de Manuel Summers y, entre otros trabajos, una obra de teatro por la de Juan Cabestany. Y ahora llega Felipe de Luis Manero, un periodista deportivo, además de guionista, documentalista y autor de la no ficción *Sito Presidente*, y nos recuerda la España que fuimos con una crónica de tintes biográficos que algunas librerías han colocado en la sección de periodismo, cuando en verdad debería estar en la de narrativa. Porque el estilo con el que ha sido escrita convierte el fracaso de Urtain en un nuevo triunfo de la literatura. /

NARRATIVA

Nostalgia de un encuentro

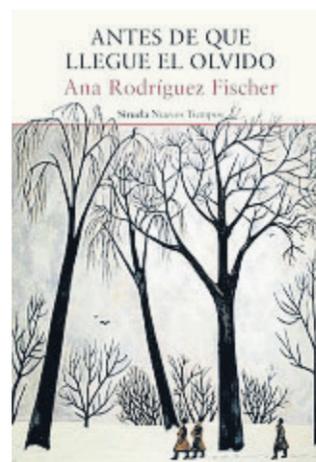
Anna Ajmátova escribe a Marina Tsvietáieva, perfilando las trayectorias personales de ambas

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ

Ana Rodríguez Fischer (Vegadeo, 1957) ha ganado el premio Café Gijón 2023 con una novela excelente, bien documentada y de sobresaliente escritura. *Antes de que llegue el olvido* es un relato, plagado de inteligencia sensitiva, de los recuerdos y apuntes autobiográficos de Anna Ajmátova (1889-1966), quien se dirige en forma de una peculiar carta a Marina Tsvietáieva (1892-1941), perfilando las trayectorias personales de quien escribe y a quien escribe, veinte años después de su único encuentro (1940) y de que la autora de *Por el Año Nuevo!* (poema dedicado a Rainer M. Rilke) se suicidase el 31 de agosto de 1941.

Trayectorias personales inscritas en una historia convulsa que sabe de la revolución del 17 y del infierno del Gulag, por citar hechos históricos que acompañaron a Ajmátova y que el pulso de la novela jamás olvida. Así, las cárceles, deportaciones y muertes son a menudo el escenario de la historia que envuelve a estas dos escritoras. Como también lo son las grandes personalidades literarias que se entremezclan con sus quehaceres y sus pasiones amorosas, desde Pasternak o Mandelstam a Brodsky o Berlin.

Las grandes novelas del siglo XIX requerían de una enciclopedia documental que el novelista (desde Balzac a Galdós, pasando por Zola) usaba para dar efecto de realidad al relato, Rodríguez Fischer ha empleado su conocimiento de las letras europeas del primer tercio del siglo XX para situar las aventuras literarias de estas dos escritoras, a las que ya había prestado breve atención Olvido García Valdés en un excelente texto del 2005. Rodríguez Fischer conoce sobradamente el oficio de novelista y ha forjado un discurso narrativo de impecable coherencia. Ajmátova al redactar sus recuerdos siente el anhelo o la nostalgia de mantener un coloquio con Marina. Es un coloquio personal que además quiere “devolver a la historia a quienes fuisteis devorados por ella”, y de ahí que a mitad de la novela constate que “sin querer, estoy haciendo de Penélope: destejo lo narrado con derivas que me alejan del tiempo del relato”, y unas páginas más adelante –como si acabase de leer *El cuento de nunca acabar* de Martín Gaité– sostiene que “la madeja del recuerdo se



Ana Rodríguez Fischer
Antes de que llegue el olvido
Siruela
219 páginas
18 euros

enredaba y enredaba”, mientras “van quedando en ella bastantes cabos sueltos. Es verdad que un hilo lleva a otro, pero a veces, el tirar de ellos con propósito de acercarlos, y pese a que lo hago lenta y suavemente al modo que ahora avanza mi vida, acaban rompiéndose”.

Antes de que llegue el olvido rescata varias hebras con suma delicadeza. Una de ellas la quiero subrayar: se trata de los recuerdos de la estancia de Anna en Montparnasse en 1911 y de su pasión amorosa, recíproca, por Modigliani. El título de las memorias de Ajmátova, que vieron la luz en francés cerca de medio siglo después de su muerte, es diáfano: *Vous êtes en moi comme une hantise*. Obsesión que las páginas de esta novela –confesión, cuaderno, diálogo– saben relatar de manera espléndida.

Cabe añadir a ello que la presente novela es una sugestiva invitación a la lectura de los poemas y las prosas de las dos grandes escritoras rusas, escritoras decadentes en un polo bien opuesto a la condición de bolcheviques modélicas. /